

Francisco Pérez de Antón

Semblanza y Loa de Francisco Marroquín



UFM
universidad
FRANCISCO MARROQUÍN

Semblanza y Loa de Francisco Marroquín

Francisco Pérez de Antón



UFM
universidad
FRANCISCO MARROQUIN



© Copyright 1999 por
Universidad Francisco Marroquín.
Derechos reservados.

Texto de la lección inaugural dictada
por el autor en la Universidad Francisco
Marroquín, el 13 de enero de 1992.

Portada: “Francisco Marroquín”,
por el pintor Ramón Avila.

Impreso en Guatemala — Printed in
Guatemala

Semblanza y Loa de Francisco Marroquín

Francisco Pérez de Antón

Se dice que hay tres motivos que animan a un catedrático a dar una lección con placer: una audiencia numerosa, una ocasión especial, y un tema apasionante y atrayente. Algunos suelen agregar una cuarta, que es un buen sueldo, pero, no siendo elegante mencionar asuntos pecuniarios en la cátedra, los tratadistas suelen callarla y citar únicamente las primeras.

Y a decir verdad, hoy se dan aquí esas tres condiciones. En primer lugar, una apretada audiencia, integrada tanto por quienes inician sus estudios superiores en esta casa como por quienes han decidido seguir renovando su compromiso con el saber. En segundo, que nuestra Universidad celebre su mayoría de edad, tras cumplir veinte años de vida. Y en tercero, que el tema elegido para la lección inaugural del curso 1992 sea el propio Francisco Marroquín, personaje hacia el que guardo una gran devoción. Permítanme, pues y ante todo, decirles cuán honrado y complacido me siento por esta invitación tan especial, y porque las autoridades de la Universidad hayan hecho propicio que audiencia, ocasión y asunto se dieran felizmente cita en esta fecha.

Me apresuro a decir, sin embargo, para alivio de todos ustedes, que mi lección no tiene como propósito instruir ni impartir una sesuda tesis de esas que suelen provocar la huida o el bostezo, sino contarles una historia y mover

su ánimo y su afecto hacia un hombre ejemplar, cuya grandeza de espíritu harían de él una de las figuras claves de la historia de Guatemala. Mis credenciales, así y todo, no son muchas. No soy historiador, sino un simple aficionado a la historia. Y los únicos argumentos que podría aducir para hablar con cierta autoridad de Francisco Marroquín son que los dos nos llamamos Francisco, que ambos nacimos en pueblos muy cercanos, y que, durante 33 años él, y durante 29 yo, haríamos de este país nuestra segunda patria.

Más si éstos no son suficientes títulos, sí creo conocer en cambio el mecanismo por el cual un hombre se arraiga en una tierra ajena y la ama al punto de volverla suya. Y es justamente este factor el que me autoriza acercarme a Francisco Marroquín con la entrañable sensación de compartir con él esa travesía íntima y vital que le permitió hacer de Guatemala su natura, su ventura y su sepultura.

Pero abramos ya las puertas de la historia y crucemos juntos el océano, a fin de observar a vista de pájaro el ambiente, el país y el tiempo en que va a venir al mundo un niño que, andando los años, llegará a ser primer obispo de América, fundador de Santiago de los Caballeros, y primer prócer de Guatemala.

Un monarca, un imperio y una espada

A fines del siglo XV, España era, en el contexto europeo, un país remoto y lejano que en su extremo más occidental tenía un cabo al que se daba el nombre de Finisterre, es decir, “fin de la Tierra”. Pocos años después, sin embargo, un cronista español escribía estas palabras: “*Hemos pasado de estar en el fin del mundo a ser el centro del Universo*”. No sólo era una expresión del tradicional orgullo español, sino también una realidad geográfica incuestionable. El mundo se había duplicado de pronto, dando lugar a una conmoción política, científica, económica, cultural y demográfica de colosales proporciones. La Península Ibérica se hallaba ahora casi a mitad de camino entre Jerusalén y La Habana. Y una épica leyenda de conquistas, nuevas tierras, paraísos y fabulosos tesoros, se difundían por el viejo continente.

Apenas corrido el primer cuarto del siglo XVI, justo en los años en que Maquiavelo publica *El Príncipe* y Erasmo el *Elogio de la locura*, Cortés ha conquistado ya el imperio azteca, Alvarado sometido el territorio de los mayas, Balboa descubierto el Pacífico, y Juan Sebastián Elcano demostrado que la tierra no era plana, sino esférica. Influidos por los libros de caballerías, los conquistadores buscan la fuente de la eterna juventud en la Florida, el legendario Eldorado en la Amazonia, las siete ciudades de Cibola en Nuevo México, y la mítica reina Calafia en un lugar al que darán el nombre de California.

En Europa, por otra parte, existen graves problemas. Lutero se ha rebelado contra el Papa y ha encendido la guerra religiosa. El joven rey de España, Carlos V, heredero del Imperio de los Césares, busca la unión de la cristiandad en un conflicto bélico que se extiende por Francia, Italia, Alemania y los Países Bajos. Pero también por Oriente, el Imperio Romano y la fe católica están en peligro. Los turcos han llegado a Budapest e incluso han puesto sitio a Viena. Infieles y herejes, en suma, según la nomenclatura de aquel tiempo, amenazan con destruir más de un milenio de dominio cultural y político, ejercido hasta entonces por los países de la cuenca del Mediterráneo.

En lo social, las estructuras feudales han empezado a derrumbarse. Y una nueva forma de poder, centrada en el monarca, y no dispersa entre los señoríos y la nobleza, se consolida en España. Carlos V derrota en 1521 a las rebeldes comunidades castellanas y suprime sus aspiraciones de autonomía. En lo sucesivo, todo el poder estará en manos del rey y sus ministros. Un célebre soneto de la época, dedicado al Emperador, reflejaba ese afán ecuménico y unificador en estos términos: “*Ya se acerca, señor, o es ya llegada / la edad gloriosa que promete el cielo ... / y anuncia al mundo para más consuelo, / un monarca, un imperio y una espada*”.

En poco más de 25 años, un país remoto y escasamente poblado (apenas 9 millones de habitantes, la población actual de Guatemala), se ha convertido en la nación más poderosa de la tierra. Sevilla es ahora la capital de Europa y de las Indias. Un flujo de deslumbrantes riquezas llega a Europa a través del océano. El español de aquel siglo adquiere, inesperadamente, conciencia universal. Y la juventud de la península abandona aldeas y villorrios, con

la espada y la cruz en la mano, en pos del oro y la gloria, cantando canciones semejantes a ésta: “*Mi pueblo, mi natura, / España, mi ventura, / y el mundo, mi sepultura*”.

Un humanismo diferente

Inmerso en este ambiente de aceleración histórica, crecerá un joven llamado Francisco Marroquín, nacido el año de 1499 en la provincia de Santander, al norte de España, de familia noble y solariega. Tras cursar la carrera eclesiástica y ordenarse sacerdote, Marroquín estudia en la Universidad de Huesca, donde se gradúa con el título de licenciado en Teología y Filosofía. Unos años más tarde, es nombrado catedrático de la Universidad de Osmá, donde conoce a García de Loáisá, obispo de dicha ciudad, confesor y consejero privado del Emperador y presidente del Consejo de Indias. Marroquín atrae pronto la atención del obispo, quien le llama para formar parte de su grupo de asesores y predicadores, entre los que se encuentra también el franciscano Juan de Zumárraga, hombre con quien Marroquín trabará pronto una amistad entrañable.

Con apenas 27 años, pues, el joven letrado se encuentra en una posición excepcional para influir en los sucesos de su tiempo. Marroquín viajará en esos años a Burgos, Toledo, Madrid y Aranjuez, acompañando a Loáisá y a Zumárraga en sus visitas al Emperador, e incluso estará presente en las capitulaciones o negociaciones que dos famosos conquistadores, Hernán Cortés y Pedro de Alvarado, mantienen en esas fechas con Carlos V.

Todo parece indicar que el futuro del joven tendrá por escenario los vericuetos de la Corte. Pero sus valores y su vocación van por otro rumbo. Marroquín, como Zumárraga y otros muchos humanistas de su tiempo, pertenece a un movimiento renovador que se fragua en las universidades españolas, donde ha surgido una idea extraña, un pensamiento insólito para su tiempo, que consiste en cuestionar el derecho de los conquistadores a hacer la guerra a los indios, así como el de someter o esclavizar a los pueblos conquistados. Todos los hombres, afirman los seguidores de esta corriente, son iguales ante Dios y ante la ley, y ninguna sociedad puede llamarse justa si no se basa en el libre ejercicio de la voluntad humana.

Los humanistas de Salamanca, Valladolid y Alcalá de Henares le han creado al Emperador un problema de conciencia. La injusticia prevalece en las Indias, aseguran. Y exigen para los naturales libertad, igualdad y fraternidad, siglos antes de que lo hagan los revolucionarios franceses. Pero a diferencia del humanismo europeo, que se desarrolla en forma de reflexiones abstractas, el humanismo español deberá ser llevado a la práctica en un terreno plagado de espinas y sangre, el Nuevo Mundo, y en un hombre humillado y ofendido, el indio americano. El fin último de estos humanistas y teólogos es llevar a este hombre concreto la fe cristiana, la ley, la justicia y lo que entonces se conocía en España por “derecho de gentes”, un principio jurídico heredado del Derecho Romano, por el que se reconocía a todos los hombres iguales prerrogativas y atributos.

Estas ideas, adquiridas durante su etapa universitaria, marcarán la vida y la obra de Francisco Marroquín. Todo movimiento intelectual, sin embargo, suele marchar por delante de la historia, y del choque entre el uno y la otra suelen surgir conflictos que, a su vez, engendran realidades no siempre acordes al ideal con que fueron concebidas. El drama que muy pronto vivirá este joven será el de llevar a la práctica unas ideas humanistas y humanitarias en un mundo donde los hechos chocan con el derecho, la libertad con la esclavitud, la igualdad con la injusticia y la fraternidad con los rechazos.

El fervor de un misionero

En 1527 Juan de Zumárraga, quien ha sido destinado a México como miembro de la Audiencia, invita a Marroquín a viajar con él al Nuevo Mundo. Zumárraga, de 53 años, obispo más tarde de México, fundador de su universidad, así como de la primera imprenta del continente, pertenece a esta pléyade de humanistas a que he hecho referencia. Para él, el cristianismo no ha de estar escondido en los teólogos, ya que la fe “*se muestra mejor en el bien vivir que en el buen argüir*”. Y quiere a Marroquín a su lado en la tarea de impartir justicia en la Audiencia de la Nueva España, nombre por el que se conocía entonces a México, porque ha visto en el joven esa inclinación a actuar más que a especular sobre el sexo de los ángeles o el número de ellos que caben en la cabeza de un alfiler.

Para Marroquín, sin embargo, no es fácil salir de España, ni dejar su puesto de asesor del presidente del Consejo de Indias, la máxima autoridad ante el rey en la administración de los territorios de ultramar. El futuro se le presenta cómodo y brillante. Nada se le ha perdido en América. Sin embargo, Marroquín acepta el reto, y el motivo nos parece hoy transparente. Y es que, en el ánimo del joven letrado, la propagación de la fe es mucho más importante que su carrera eclesiástica.

Más, para mejor entender su decisión, es preciso regresar por unos instantes a nuestro tiempo, tan pródigo en idealismos, y recordar, a título de ejemplo, lo que en los últimos 75 años ha supuesto, por ejemplo, el internacionalismo de corte marxista. Sólo ayer, millones de jóvenes abrazaban esta causa con el fin de unir a los trabajadores del mundo y llevar a todos los rincones del planeta la revolución social. Pues bien, haciendo toda clase de salvedades y distinguos, el fervor de los misioneros españoles del siglo XVI no difiere mayor cosa del de muchos jóvenes de nuestros días. Unir a todos los hombres de la tierra bajo el signo de la fe cristiana era un ideal apasionante y generoso, que suavizaba en el misionero tener que renunciar a su natura y su ventura para hacer del mundo su sepultura.

Tales son, a mi juicio, los motivos que inducen a Marroquín a abandonar España el año de 1527 y a viajar con Zumárraga a México. La influencia del franciscano sobre el joven habrá de ser siempre estrecha y decisiva, aunque no próxima, ya que, poco después de llegar a la capital de la Nueva España, tiene lugar un hecho que cambiará el destino de Marroquín. Pedro de Alvarado se encuentra también en México, donde su vida se cruza con la del joven asistente de Zumárraga.

Cómo aquel militar cruel, ambicioso y arrogante consigue persuadir a Marroquín para que abandone la Audiencia mexicana y se venga como simple cura a la ciudad de Santiago, en el valle de Almolonga, hoy Ciudad Vieja, es algo que no se explica sino por dos razones: Una, la atrayente personalidad, la facilidad de palabra y el donaire de Alvarado, de quien el cronista Gómara dice que era un "*hombre suelto, alegre y muy hablador*". La otra es el carácter y la vocación de Marroquín. De nuevo, aquel joven lleno de fe e ideales, se veía en la disyuntiva de permanecer en la seguridad de un puesto de relieve,

como juez eclesiástico a las órdenes de Zumárraga, o descender a la posición de un simple cura en un territorio desconocido y aislado. Y de su decisión de seguir a Alvarado a Guatemala sólo cabe deducir que su sentido de misión dominaba con creces las ventajas y posibilidades que le ofrecía una brillante carrera eclesiástica.

Guatemala, su natura

A Marroquín, Guatemala se le debió figurar el lugar idóneo donde plasmar sus ideas humanistas y edificar una sociedad y un hombre nuevos. Y si nos despojamos de prejuicios contemporáneos, fruto de ideologías trasnochadas, como afirmar que el cristianismo fue un instrumento de la dominación española, y si pensamos en el humanismo cristiano como un ideal de libertad, justicia y concordia entre los hombres de buena voluntad, estaremos más cerca de conocer los anhelos que inspiraban a aquel joven sacerdote.

Poco podía imaginar Marroquín la descomunal tarea que le esperaba, ni que ambos, Alvarado y él, dos personalidades disímiles, habrían de protagonizar durante casi catorce años el conflicto entre el caudillismo y la organización civil, entre la libertad y la esclavitud, entre la justicia y la iniquidad, entre el feudalismo y la Edad Moderna. Alvarado encarna la tradición medieval, es decir, el ejercicio del poder sin trabas, como un señor feudal más, cuya autoridad estaba por encima de Cabildos y funcionarios reales. Marroquín, en cambio, representa la mentalidad moderna que centra en el Estado las leyes, la violencia legal y la justicia.

La historia no registra abiertas confrontaciones entre estos dos hombres, quizá porque, en palabras de Fuentes y Guzmán, “*la mansedumbre del obispo lo sazónaba todo*” Marroquín era un hombre prudente y discreto, que sabía cuándo ceder y cuándo mostrar firmeza, habilidad de todo el que sabe que el enfrentamiento conduce a menudo a la esterilidad. La antigua Cuauhctemallán, cuyas fronteras y límites estaban aún por trazar, habría de testificar este conflicto. Pero yo tengo por seguro que, en el fondo, aquel joven inexperto debía de pensar de Alvarado lo que el poeta francés Louis Aragon escribiría siglos más tarde sobre déspotas y tiranos: “*¡Oh, vosotros que fabricáis muertes / no siempre seréis los más fuertes!*”.

Esta actitud tan contemporánea, tan actual, de buscar la conciliación sin ceder en los principios sería la adoptada por Marroquín para afrontar la transición entre el mundo feudal y violento de Alvarado y las modernas ideas de que el joven era portador. Y así, un 18 de abril de 1530, ambos parten hacia Guatemala y, mes y medio después, llegan a Santiago, hoy Ciudad Vieja, en las faldas del Volcán de Agua.

Fundada escasamente dos años antes, el 22 de noviembre de 1527, Santiago de los Caballeros es todavía una ciudad a medias. Tampoco Guatemala es un país en los términos que lo entendemos hoy, sino un conjunto de pequeños territorios divididos, que Alvarado, tras una cruenta guerra, intenta consolidar en una unidad geográfica y política. La Edad Antigua americana agoniza, dando paso a otra nueva, cuya identidad vendrá dibujada por la difícil simbiosis de dos culturas y dos etnias diferentes.

El escritor uruguayo Eduardo Galeano ha dicho que “*América no fue descubierta en 1492, porque quienes la invadieron no supieron o no quisieron verla*”. Y es verdad que, en muchos casos, tal aseveración es válida. Pero no en el de nuestro joven letrado, ni en el de otros muchos como él. Marroquín descubrirá muy pronto que aquel lugar es lo más cercano a su natura, pues su tierra natal, Santander, es también una región agreste, montañosa y arbolada. De esa cuenta, el factor telúrico se convertiría para él en un vínculo más que en un obstáculo. Marroquín, pues, no sólo vio Guatemala desde el primer día, sino que la sintió y la amó hasta la hora de su muerte. Y a lo largo de 33 años, la belleza natural de esta tierra iría penetrando en su espíritu, hasta crear dentro de su ser ese sentido de arraigo que el territorio suele infundir en los hombres.

El choque con la realidad

Pero si la belleza del lugar y su clima temperado y saludable le atraen, no puede decirse lo mismo del terrible drama humano que se ofrece ante sus ojos. Santiago de los Caballeros es una ciudad sin Dios, sin rey y sin ley. La servidumbre del indio, a través del sistema de encomienda, así como la esclavitud, en sus formas más inicuas, dominan la vida del territorio. El

derecho y la justicia son prácticamente inexistentes. No digamos el cristianismo que, en aquella atmósfera envilecida, es una mofa de la propia fe. Y por si esto fuera poco, los indios no sujetos al trabajo servil deben pagar a los encomenderos un altísimo tributo por ser educados en el cristianismo.

Este es el mundo al que llega aquel joven universitario, que había pasado buena parte de su vida en el seno de un debate intelectual ajeno a la realidad que se vive en las Indias. Y no es difícil imaginar el desgarrón y el dolor del hombre justo ante semejante cuadro. Guatemala era casi un campamento militar, regido por un capitán arbitrario, donde aún se podía percibir el olor de la pólvora y la sangre. Alvarado, caudillo a la antigua, no difería en sus métodos de otros caudillos a la moderna, y su idea de la unidad política y la convivencia pasaba por la opresión y el despotismo como instrumentos disuasores. Ante semejante situación, ¿qué sentido tenía hablar de libertad allí donde el señorío era el derecho del vencedor y la servidumbre la obligación del vencido? ¿Cómo infundir los principios de igualdad y fraternidad en un mundo donde el rechazo a la otra raza era práctica común? ¿Qué decir de la justicia, donde el abuso y el crimen se llevaban a cabo en la impunidad más absoluta? ¿Y qué podía hacer un joven inexperto como Marroquín, ante aquella tropa endurecida por la ambición y la guerra?

A la vista de nuestro presente, que es en no escasa medida un trasunto del pasado, se diría que muy poco. Por suerte, Marroquín no era un predicador, ni un teólogo de celda. De ahí que concentre sus esfuerzos más en lo que puede hacer que en lo que, según otros, debe hacerse. Para él, el sermón moral no basta, sino que es preciso actuar de inmediato, a fin de ganar para los indios mayores espacios de libertad y justicia. Y así, con un realismo impropio de su edad, Marroquín comienza a perforar lentamente los muros de una comunidad cerrada a las leyes y a la misericordia.

Pocos días después de su llegada, Marroquín jura ante el Cabildo los deberes de su cargo, por el que recibirá un sueldo de 150 pesos al año, asignación que nunca llegará a cobrar porque el Cabildo no tiene con qué pagarle. Y es que en Santiago no sólo escasean la libertad y la justicia, sino bienes tan esenciales como el pan, el aceite o la ropa. Pero Marroquín no se

arredra, e imbuído de su espíritu misionero, visita uno a uno los poblados y encomiendas de la provincia, con una maletilla, dos camisas, el breviario y un indio que le sirve de guía por caminos sin hollar.

A muy pocos les preocupa el ir y venir de aquel clérigo, que se alimenta sólo con maíz tostado, tres veces al día, aderezado en ocasiones con raíces de chichicaste. Marroquín, sin embargo, no sólo está llevando a cabo su tarea evangelizadora, sino también una encuesta, como diríamos hoy. Y en cada lugar que visita, anota el número de indios sometidos, así como los tributos que pagan. Sólo él sabe el propósito de esa encuesta que algún día habrá de utilizar como arma liberadora.

Primer obispo de América

La aspereza y las fatigas de esos primeros años, empero, no se traslucirán en ninguna de sus cartas. Tampoco la pesadumbre. Por el contrario, todo cuanto Marroquín hace se ilumina ante la perspectiva de una sociedad y un hombre nuevos. Son años en que el joven licenciado percibe esa sociedad naciente, donde todo lo que está por hacer es bueno, y cuanto edifica y levanta va marcado por el signo de la permanencia.

Mas el progreso jurídico y moral es lento, y la crueldad y las injusticias no cesan. Guatemala es todavía un infierno, pero la presencia de Marroquín ha comenzado a crear nuevas actitudes y nuevos imperativos morales entre encomenderos y soldados. Y sus esfuerzos se verán compensados dos años después, cuando el Emperador Carlos V solicite al papa Paulo III que Marroquín sea nombrado obispo de Santiago *“por ser persona docta y benemérita”*. Con sólo 32 años, Marroquín se va a convertir no sólo en el obispo más joven de las Indias, sino en el primer prelado que se consagra en América.

Semejante honor, en un hombre de su edad, hubiera bastado para envanecerlo, tratar de ascender en su carrera eclesiástica o buscar otro lugar donde sus talentos fueran más apreciados. Pero Marroquín no es un ave de paso. Ahora, con más poder e influencia que nunca, está decidido a volcar todas sus energías por el bien de su diócesis. Marroquín quiere hacer de

Guatemala patria y vientre, pues, para él, patria no es sólo la tierra donde nacen los padres, sino también donde nacen los hijos. E hijos suyos habrá de considerar siempre a todos, indios, mestizos y blancos. Guatemala ha de ser una tierra para crear y procrear, para hacer brotar de ella la libertad y la justicia, para dotarla, en fin, de la dignidad humana que merece.

Más allá del egoísmo y la codicia de conquistadores, funcionarios o colonos, que sólo ven a Guatemala un lugar donde medrar y hacer fortuna, Marroquín ha visto una sociedad nueva. Y sus cartas al Emperador confirman este propósito. Pero también la anécdota —cuyo papel en la historia es a menudo tan importante o más que los grandes hechos— lo corrobora. Un día, mientras Marroquín se ocupaba en el trazo de la nueva catedral, se le acercó Alvarado para criticar lo que a su juicio era un templo excesivamente grande. “¿Para qué y para cuánta gente —dijo Alvarado— quiere Vuestra Ilustrísima tanta y tan grande Iglesia?” A lo cual Marroquín, visionario y profético, respondió: “Algún día será corta, aunque vuestra Señoría y yo no lo veremos”.

Política de población

Esta ilusión del obispo habría de sufrir, no obstante, incontables frustraciones, sobre todo cuando descubra que los planes de Alvarado difieren de los suyos y que Santiago es para el soldado extremeño un centro de operaciones militares más que una parada definitiva: un lugar donde proyectar, equipar y abastecer nuevas exploraciones y conquistas. Y así, poco después, en enero de 1534, Alvarado comienza a armar una flota en el embarcadero de Iztapa con el fin de viajar al Perú, de donde le han llegado nuevas de que un imperio repleto de fabulosos tesoros, el Imperio de los Incas, ha sido descubierto.

La decepción de Marroquín al comprobar que Alvarado carece de vocación pobladora no puede ser mayor. Según las estimaciones del historiador García Peláez, el número de vecinos de Santiago era en aquellos días de 650. De ellos, Alvarado se llevará al Perú 450. Y si a esto se agregan 2,000 indios auxiliares, se podrá comprender el efecto depresivo que tal reducción

demográfica ocasiona. Marroquín toma entonces la pluma y escribe una carta a la Audiencia de México, la primera que conocemos de él, donde manifiesta la necesidad que la provincia tiene de un gobernante estable “*que traiga aquí a su mujer y se arraigue en esta tierra y sepa que no ha de salir de aquí en toda su vida*”. En la dureza de esta frase se advierte el espíritu y el pensamiento político de Marroquín y su rechazo a quienes “*piensan irse mañana y así tratan esta tierra como cosa que les ha de durar poco*”.

No será la única vez que el joven obispo se exprese de este modo. A lo largo de su vida, el obispo criticará a soldados, funcionarios, buscadores de fortuna, incluso miembros de órdenes religiosas, por este desapego a la tierra. “*Sería cosa muy acertada — escribe en otra de sus cartas— que los que estamos en estas partes perdiéramos la esperanza de volver a vivir y morir en Castilla*”, pues donde la tierra ha sido generosa con el hombre “*es justo que [éste] resida y viva y muera*”. Para Marroquín es imprescindible que las personas “*se planten*”, en el sentido botánico del término, y que aquí echen raíces y den frutos, y hagan de esta tierra su natura y su sepultura. Guatemala no puede ser un campamento provisional, un territorio de frontera, desde el cual acometer nuevas empresas de conquista, sino una patria permanente.

Pero si la inestabilidad de la población española le inquieta, le preocupa mucho más la de los indios. En el siglo XVI, Guatemala no sólo era un territorio escasamente poblado (unas 800,000 personas en toda Centroamérica), sino que la guerra, la esclavitud y las nuevas enfermedades habían diezmando la población indígena y provocado su dispersión. De ahí que, para Marroquín, la única política civilizadora posible sea el cese de todo tipo de agresión a los naturales y la abolición de la esclavitud, por un lado, y juntar a los indios en pueblos, por otro, a fin de proteger sus vidas y lograr para ellos un mejor trato. “*Pues que son hombres — escribe al Emperador— justo es que vivan juntos y en compañía, donde redundará mucho bien para sus ánimas y cuerpos*”.

Marroquín ha visto en el mestizaje cultural y en el de sangre el futuro de Guatemala, una idea en la que, como tantas otras cosas, será pionero. De ahí que proponga a la Corona que obligue a los españoles a casarse con mujeres indígenas porque “*de tal fruto — dice— se servirá Dios y Vuestra Majestad*”.

y los naturales serán mejor tratados”. En otras palabras, si las leyes de Dios y de los hombres no bastan contra los abusos de soldados y colonos, que sean las leyes de la sangre las que los contengan.

Pero Marroquín no se conforma con dar ideas, sino que también las pone en práctica. Buen ejemplo de ello es el caso de unas tierras concedidas por el Cabildo a la diócesis y situadas cerca de Santiago, en las faldas del volcán. Marroquín donará esos terrenos para fundar allí el primer pueblo, la primera reducción, como se decía entonces, o un plan piloto, como diríamos hoy. Aquel pueblo, bautizado por él con el nombre de San Juan de Guatemala, nombre acertadísimo, sin duda, por lo que de precursor tenía, lleva hoy el de San Juan del Obispo, en memoria de su benefactor y fundador. Medio siglo después de ser fundado, relata el cronista Vázquez, el pueblo contaba ya con 700 indios de confesión, un convento franciscano, y tierras labradas con siembras de maíz y pobladas de árboles frutales.

Llega la justicia

La tarea evangelizadora, humanista y civilizadora de Marroquín se materializaba así en hechos concretos a través de una política consistente en defender con vigor a los humildes y enfrentarse con inteligencia a los poderosos. El obispo tiene ahora 35 años, pero su autoridad es ya indiscutible. Y por supuesto no descansa un sólo instante. Marroquín obtiene apoyos económicos donde y como puede, organiza la diócesis, trae a dominicos, franciscanos, mercedarios, funda escuelas y construye capillas, llevando en mente el papel civilizador que durante siglos habían desempeñado en Europa los monasterios medievales. Y muy pronto su batalla personal contra la esclavitud se verá recompensada por el éxito.

En 1535, Alvarado regresa del Perú con la derrota a cuestas. La expedición no sólo ha sido un fracaso, sino que el conquistador debe enfrentar ahora un juicio de residencia, por haber penetrado en territorios que el Emperador no le había autorizado y por llevar indígenas guatemaltecos en la aventura, muchos de los cuales habían perecido en el dantesco ascenso a los Andes. La Audiencia de México le ha destituido como gobernador de la provincia

y ha enviado a Guatemala un “*juez de agravios*”. Mas, para evadir el proceso, Alvarado escapa a Honduras, donde ha sido requerido para combatir a los indios rebeldes, y desde allí a España.

Estos hechos serán de gran transcendencia para Guatemala. El nuevo juez, que se llama Alonso de Maldonado, trae también el título de gobernador provisional. Un letrado sustituía a un militar en el poder. Y de resultas, Guatemala entrará en un período marcado por la justicia y el derecho, durante el cual se efectuarán las reformas que, pese a admoniciones y órdenes reales, Alvarado se había resistido siempre a realizar.

El instrumento fundamental de este cambio será aquella encuesta que, en forma callada y a solas, había realizado Marroquín en los años que se dedicó a viajar a lo largo y a lo ancho de la provincia. Este documento, que Marroquín denomina “*matrícula*”, será la base de una severa “*reforma tributaria*”, si se me permite el anacronismo, sólo que al revés de como la entenderíamos hoy. El contenido de la matrícula, como queda dicho, era una descripción pormenorizada del territorio, con el número de habitantes y la condición económico-social de los mismos, así como el monto de los tributos, en oro, especias o esclavos, que los indios pagaban a los conquistadores. La “*reforma*” consistiría en liberar a los indios de la opresión, la servidumbre y los despojos, y reducir sensiblemente las cargas tributarias que pagaban a los conquistadores. Asimismo, los indios dejaban de ser esclavos de los encomenderos y pasaban a ser vasallos del Emperador, lo que les equiparaba, en teoría, a los campesinos de la península.

El impulso que ambos letrados darán a la libertad, la justicia y la convivencia es un ejemplo de lo que dos hombres de buena voluntad pueden hacer por una sociedad en conflicto. Y el mejor testimonio de su éxito son las palabras que el cronista indígena dejaría escritas en los “*Anales de los cakchiqueles*”: “*El día 16 de mayo de 1536, llegó el señor presidente Mantunalo, quien vino a aliviar los sufrimientos del pueblo. Pronto cesó el lavado de oro y se suspendió el tributo de muchachos y muchachas. Pronto también cesaron las muertes por el fuego y la horca y cesaron los despojos en los caminos por parte de los castellanos. Pronto volverían a verse transitados los caminos por la gente como lo eran antes de que comenzara el tributo*”.

El cronista indígena repite una y otra vez la palabra *pronto*, como si quisiera subrayar la celeridad con que se llevaron a cabo las reformas. Y de ello sólo puede deducirse que esos cambios estaban sugeridos por Marroquín en la “*matrícula*” que le entregó a Maldonado, quien, sin el trabajo previo del obispo, no hubiera podido hacer las tasaciones del tributo ni realizar tan rápidamente los cambios. De esta forma, doce años después de la conquista, un pueblo escarnejado y derrotado encontraba el bálsamo a sus dolores merced a la labor incansable de su protector y defensor.

El regreso de Alvarado

Pero ninguna reforma, económica o política, se hace sin costo personal o social. Y, en ausencia de Marroquín, colonos y encomenderos alzarán sus voces contra el obispo, a quien atacarán de manera inmisericorde, insultándolo, calumniándolo y cubriéndolo de oprobios. Para ellos, no es Maldonado, el nuevo gobernador, el culpable de verse desposeídos de las rentas que los tributos de los indios les procuraban, sino el obispo.

Pero Marroquín, quien ha salido para México, donde será consagrado obispo por Zumárraga, no tendrá noticias, sino hasta tiempo más tarde, de las “*palabras feas y desvergonzadas*” que se han dicho contra él por la “*gran rebaja*” de ingresos sufrida por los colonos a causa de la reforma del tributo. Entonces, pese a su carácter dulce y conciliador, moja su pluma en justa ira y escribe: “*Pongo por testigo a Dios que no miento ni querría mentir, y que en todas las tasaciones que se han hecho hasta ahora, las más no merecían dar a sus dueños ni aún agua ... Y por mi consagración y salvación digo que juzgo haber ido contra los naturales, en favor de los encomenderos y en cada tasación, en más de la cuarta parte ... Esta es la razón que este pueblo tiene para quejarse de mí, pues, si nos acordamos del pasado y todos están tan ricos, ¿qué ha sido la causa, sino callar como ruín prelado y pastor y protector, viendo que se comían los lobos mis ovejas y yo me estaba holgando y callando?*”

Marroquín daba a conocer así al Cabildo de Santiago la rabia acumulada durante nueve años de impotencia. Y echa sobre su conciencia de hombre

justo la insaciable ambición y la falta de sensibilidad y espíritu cristiano de quienes viven a costa del indígena. Pero ahora se siente seguro. En Santiago gobierna un hombre, Alonso de Maldonado, que administra la justicia sin contemplaciones y hace cumplir la ley a rajatabla.

Esta etapa de apertura, por desgracia, no habría de durar mucho tiempo. En 1539, Alvarado regresa de España. El conquistador trae mercedes y concesiones reales que no sólo le eximen del juicio pendiente, sino también una orden que reemplaza a Maldonado como gobernador. Sus magníficas relaciones en la corte española, sumadas a su habilidad y diplomacia, que sabe usar cuando le conviene, le han permitido eludir la acción de Maldonado. Don Pedro, además, ha contraído matrimonio con Beatriz de la Cueva, hermana de su anterior esposa, y ambas sobrinas de don Francisco de los Cobos, secretario privado del Emperador. En la expedición viene también un grupo de damas solteras para que busquen marido entre los colonos y conquistadores de Santiago.

A Marroquín, el que Alvarado viniese con esposa, y metido además a casamentero, debió de parecerle un milagro. Pero este cambio de actitud del conquistador era sólo aparente. Alvarado no es propiamente un colonizador, sino un ambicioso e inquieto militar que ha concebido el proyecto, aprobado por Carlos V, de organizar una nueva expedición, esta vez a las Islas de la Especiería. Alvarado quiere cruzar el Pacífico, llegar a Oriente, y abrir una nueva ruta a las especies procedentes de la India y la China. Y una vez más, se embarcará en una empresa semejante a la que le llevó al Perú, detrayendo de Guatemala toda clase de recursos económicos y humanos con la arbitrariedad y el abuso que le son habituales.

Molesto por aquel hombre que “*ni cuida ni mira la tierra,*” Marroquín escribe a Carlos V, contándole las tensiones a las que la colonia está de nuevo sometida por culpa del gobernador. El donaire y la facilidad de palabra de Alvarado han dejado de engañarle. Y el desasosiego entre indios y españoles es otra vez manifiesto. Con un gobierno así, concluye el obispo, no es posible poblar, civilizar, ni evangelizar.

Marroquín, gobernador

Pero todo esfuerzo por retener al Adelantado es inútil. Y en septiembre de 1540, Alvarado sale en dirección a México, tras dejar la ciudad de Santiago exhausta. Será también su última aventura. Pocos meses después, el 4 de julio de 1541, muere aplastado por un caballo, a la edad de 56 años, cuando se alistaba en Nueva Galicia, hoy Estado de Jalisco, para salir rumbo a Oriente.

A partir de ahí, los hechos se precipitan. La noticia llega a Guatemala en septiembre y, luego de las solemnes honras fúnebres, el Cabildo nombra gobernante a doña Beatriz de la Cueva, viuda del Adelantado. Esa misma noche, 9 de septiembre, empieza a llover en forma torrencial. Un diluvio casi bíblico cae sobre el valle de Almolonga. Dos días después, el 11 de septiembre de 1541, a las dos de la mañana, un fuerte temblor revienta un dique formado en alguna vaguada del volcán. El agua retenida se convierte en una incontenible y arrasadora avalancha de lodo, arena, rocas y troncos, que sepulta casi por completo la ciudad de Santiago.

El espectáculo que aquella urbe en ciernes mostraba a la mañana siguiente no podía ser más desolador. La gobernadora había muerto con sus damas. Cientos de españoles e indios yacían enterrados bajo el lodo. Los sobrevivientes extraían los cadáveres de entre el cieno, y rezaban y lloraban por sus seres queridos. Al tercer día, no obstante, Marroquín ordena suspender los lutos y las exequias. Hay que curar a los heridos, procurar albergue a los sobrevivientes, a las viudas y a los huérfanos, reconstruir la ciudad y, si es necesario, trasladarla a otra parte. Y acto seguido, el obispo pone manos a la obra, como uno más de los que escarban angustiados entre el espeso lodazal.

De entre los escombros de Santiago surgía así el líder que la ciudad necesitaba en momentos tan cruciales. Mas no por casualidad. A sus 41 años, Marroquín era ya el hombre en quien todos confiaban. Sabían por experiencia que el obispo no se dejaba llevar por la derrota y que su espíritu luchador y pionero era capaz de transformar un Apocalipsis en un Génesis.

Una semana después, los colonos se reúnen en la iglesia. Hay que nombrar a un gobernador. Todos de común acuerdo eligen a Francisco

Marroquín y a Francisco de la Cueva. Y aunque el obispo rechaza en un principio el cargo, acaba por aceptarlo, pues, según palabras que escribe al Emperador, *“miraba aquella república como padre que lo fui siempre de ella”*.

La destrucción de Santiago de Guatemala, hoy Ciudad Vieja, unida a la muerte de Alvarado, daría paso a una nueva etapa en la vida de Guatemala, marcada por el signo de la renovación política y social. Los años que siguen serán un tiempo de transición, en que el caudillismo será reemplazado por nuevas leyes e instituciones, como las Leyes Nuevas de Barcelona, por las que Carlos V abolía la esclavitud de los indios, o la Audiencia de los Confines, primera corte de justicia que se instalaba en Centroamérica.

En este año de 1992, que ahora empieza, año polémico y evocador como pocos, año repleto de sensibilidades y fricciones históricas, año en que nuestra generación hace un esfuerzo especial por comprender lo que 1492 supuso para la historia humana, es preciso recordar también otra fecha importante. Esa fecha es el año de 1542, cuando los conquistadores, adelantados y gobernadores militares de América empiezan a ser sometidos a la autoridad real. Los días del caudillismo personal concluían, si bien sus huellas habrían de prolongarse muchos años, disfrazadas bajo diversas formas de vasallaje. Pero la breve Edad Media vivida por el continente americano tocaba a su fin merced a las Leyes Nuevas. El orden político, económico y social se renovaba. Y en Guatemala será Marroquín quien marque el rumbo y el talante de esa nueva etapa histórica.

Guatemala, su ventura

El 17 de septiembre de 1541, Marroquín y De la Cueva disponen el traslado de la ciudad al valle de Panchoy, y pocos meses después comienza la construcción de lo que hoy conocemos por Antigua Guatemala, un hecho del que ahora se cumplen 450 años. Nadie podía imaginar, empero, que aquella tarea sería una obra de romanos. Pero ante los ojos de todos empezaba a levantarse una ciudad que llevaría la impronta del obispo, aquel hombre incansable que, tras haber hecho de Guatemala su natura, haría de ella ahora

su ventura, como padre y fundador de una urbe esplendorosa, Santiago de los Caballeros de Guatemala, la cual llegaría a ser la tercera ciudad más grande y rica de América.

A lo largo de veintidós años, la huella de Francisco Marroquín quedará en cada casa, en cada calle y en cada piedra de la nueva Santiago. El obispo intervendría en el trazo y la distribución de la ciudad hasta que, poco después, deje el gobierno en manos de las autoridades civiles. Pero su espíritu magnánimo se verá reflejado en multitud de obras, fruto de su inagotable ánimo civilizador, como un hospital, escuelas y un orfanato. Marroquín materializaba así su idea primigenia de convertir Guatemala en una unidad territorial y política, basada no en el conflicto, sino en la convivencia de dos culturas y dos etnias diferentes.

No siempre la tarea fue fácil. Y en un momento de fatiga, Marroquín escribe al Emperador que *“es tanto el trabajo y costa de espíritu y cuerpo que nos tiene a todos casi desmayados”*. Así y todo, Marroquín levantará la catedral, hará traer a Guatemala la Audiencia de los Confines, y donará los terrenos destinados al palacio episcopal para que en ellos se construya la nueva Corte de Justicia, hoy Palacio de los Capitanes Generales.

Serán dos décadas arduas y laboriosas, pero enormemente fecundas, aunque, como de costumbre, las ambiciones y los pleitos, que nunca faltan, obligarían a Marroquín a hacer uso de toda su paciencia y tolerancia con colonos, funcionarios y religiosos. De las dificultades de esos años da cuenta un comentario suyo al Príncipe Felipe: *“He procurado siempre –dice Marroquín– la paz y conformidad de esta república, y a veces he disimulado algunas cosas, por no apretar tanto que reventase”*. Pero eso no evitará que su ideal de rectitud, libertad y justicia se oponga a los abusos y el despotismo, como le sucederá, años más tarde, con Cerrato, un nuevo gobernador, quien, airado por la oposición que le hace Marroquín, penetra en la catedral y le dispara un pistoletazo a quemarropa, aunque sin consecuencias graves.

El 1 de agosto de 1548, el obispo expresa en su epistolario una de las ilusiones más ardientes de su vida: construir una universidad en la nueva

ciudad de Santiago. Y en sucesivas cartas al Emperador, reiterará la necesidad de ayuda para llevar a cabo tan magna empresa. Pero ni el tiempo ni los recursos se lo permitieron. Aun así, donará a su muerte la suma de 20,000 pesos y unas tierras en Jocotenango, para que se funde y se dote de cátedras a la universidad de sus sueños, un patrimonio que, andando los años, servirá para construir la Universidad de San Carlos Borromeo.

En la carta citada, Marroquín le pide al Emperador un buen gramático, un buen artista, un buen teólogo y un buen canonista, que podrían ser sacados fácilmente, dice, de las universidades de Alcalá o Salamanca. Y acto seguido le pide al Emperador *“que se asiente un estudio a modo de Universidad en la ciudad de Santiago de Guatemala que es la más a propósito de todas estas provincias, mayor y más abundante y de mejor temple para el estudio”*.

Son palabras en verdad proféticas que, en el vigésimo aniversario de la fundación de nuestra Universidad, adquiere un especial significado. Pues yo tengo para mí que esos ideales de libertad y justicia del obispo se vinculan por línea directa con los de los guatemaltecos que, en nuestro siglo, hicieron posible el sueño de Marroquín y, en justo homenaje, bautizaron esta Universidad con el nombre del prócer.

Guatemala, su sepultura

A estas alturas de mi exposición, parecería superfluo hacer una loa de Francisco Marroquín. No obstante, es obligado reseñar que quienes le conocieron, tanto en vida como a través de sus obras, no han tenido para él sino palabras de elogio.

Fray Tomás de la Torre, superior de los dominicos en Chiapas, dice que era hombre de *“grande humildad y caridad.”* El cronista franciscano Francisco Vázquez afirma que Marroquín fue *“autor de todo lo bueno que se goza en esta ciudad, verdadero padre y vigilantísimo pastor.”* El dominico Ximénez le retrata como *“singular varón a quien guió el Altísimo para recompensar a Guatemala y sus provincias de cuantas quiebras le podía haber causado”*. Fuentes y Guzmán le califica de *“varón ejemplarísimo y de clara memoria”*.

Su biógrafo contemporáneo, el padre Carmelo Sáenz de Santa María, dice de él que fue “*el primer padre de la nacionalidad guatemalteca*”. Y yo, en lo particular, pienso que el obispo Marroquín fue, sobre todo, el espíritu de la convivencia, con el cual quiso hacer de Guatemala una patria para todos, indios, ladinos y españoles. Pero, además de fundador, maestro, pastor y primer prócer de Guatemala, Marroquín sería la encarnación de aquel humanismo hispánico que buscaba hacer del cristianismo su misión, del derecho su armadura, de la justicia su espada, y de la libertad su bandera.

Marroquín nunca regresó a España. Aquí habría de vivir los últimos 33 años de su vida, en los que contribuyó como pionero a la filología, la etnología y la cultura guatemaltecas, creando instituciones tempranas de un valor incuestionable. Nadie termina una obra como la suya totalmente satisfecho. Por eso, al final de su vida, Marroquín confesaba sentirse cansado por tan larga andadura: “*Estoy viejo y pobre*” dice en una carta y, pensando que su misión no ha sido completa, agrega con su modestia habitual: “*No he hecho más que lo que he podido*”.

Finalmente, el 18 de abril de 1563, día de Viernes Santo, falleció Marroquín en Santiago de los Caballeros de Guatemala, a la edad de 64 años. Bajó al sepulcro, dice Milla y Vidaurre, “*acompañado de las bendiciones y las lágrimas de los indígenas que lo amaban y veneraban como a un padre*”. Su cuerpo fue enterrado en la catedral. Mas, a causa de los terremotos de 1773, la lápida se perdió. Y hoy es el día que no se sabe dónde están los restos del obispo. De una cosa estoy seguro, sin embargo. Y es, de que, dondequiera que estén, y haciendo más las palabras de Quevedo: “*polvo serán, mas polvo enamorado*”: polvo que hoy fertiliza esta tierra que amó de forma tan entrañable. Pero, aunque no podamos llevar flores a su tumba, miles de guatemaltecos le recuerdan cada día en la historia, en el apellido que muchos adoptaron a su muerte, en la galería de hombres ilustres del país, en instituciones, escuelas y, sobre todo, en esta querida Universidad que lleva con legítimo orgullo su nombre.

No puede haber mayor gratitud de una nación para aquel gran humanista que supo hacer de Guatemala su natura, su ventura y su sepultura.



UFM
universidad
FRANCISCO MARROQUÍN

Universidad Francisco Marroquín
6 Calle final, zona 10
Guatemala, Guatemala 01010

Teléfono (+502) 2338-7700
Fax (+502) 2334-6896

inf@ufm.edu.gt

www.ufm.edu